

Francia el nuevo embajador. Alejandro le había referido lo que pasó en Tilsit como se complacía en recordarlo y comprenderlo, y después de esta comunicación muy desfigurada de las palabras de Napoleón, el señor Tolstoy creía que todo estaba ya dicho, que el sacrificio del imperio de Oriente era cosa hecha, y que no iba á París mas que para firmar la partición de la Turquía y la adquisición, sino de Constantinopla y los Dardanelos, por lo menos las llanuras del Danubio hasta los Balkanes. Además, en el camino se había detenido en la corte de los desgraciados soberanos de Prusia, despojados de una parte de sus estados, y privados de casi todas sus rentas, por la prolongada ocupación de las provincias que les quedaban. El señor de Tolstoy, pensando que si la conquista de las provincias de Oriente interesaba á la gloria de la Rusia, la evacuación de las de la Prusia interesaba á su honor, llegó á París con la doble preocupación de obtener una parte del imperio turco, y de hacer evacuar la Prusia. Añádase á todo esto que era quisquilloso, iracundo, suspicaz, y muy envanecido con la gloria de los ejércitos rusos.

Napoleón se había propuesto recibirle bien, y hacerle agradable su residencia en París, para que con sus relatos contribuyese á mantener la alianza. Pero le encontró tan vivo y tan intratable sobre el doble asunto de la evacuación de la Prusia y de la adquisición de las provincias del Danubio, que se incomodó sobremanera. Era tan fuerte, y tenía también tan poca paciencia, que no podía su-

correspondencia secreta que repetidas veces hemos citado.

frir largo tiempo las instancias del embajador ruso. Napoleón, disimulando tan solo á medias el enojo de que se hallaba poseído, dijo á aquel, que si después de haber evacuado toda la antigua Prusia y una parte de la Pomerania, continuaba ocupando el Brandeburgo y la Silesia, era por que no se había querido pagar la contribución de guerra; que no deseaba mas que retirar sus tropas en cuanto se le pagase: que si permanecía en Prusia mas tiempo del que se había previsto, los rusos por su parte permanecían sin motivo plausible en las provincias del Danubio, y que la Moldavia y la Valaquia valían tanto como la Silesia. Sin decirlo precisamente, parecía á los ojos de un hombre preocupado, como lo estaba el señor de Tolstoy, que Napoleón hacía depender la evacuación de la Silesia de la de la Moldavia y la Valaquia, y que la adquisición de ellas por los rusos, estaba íntimamente enlazada con la de aquella por los franceses. La indignación del señor de Tolstoy, tuvo que ceder á la altanería de Napoleón, pero el ministro ruso concibió el mas vivo despecho, y como siempre se busca la sociedad que mas simpatiza con los sentimientos que cada uno experimenta, frecuentó con preferencia las reuniones del corto número de nobles obcecados, que con sus conversaciones se vengaban de no ser admitidos en la corte imperial. Usaba un lenguaje poco amistoso, faltó muy poco para que tuviese un desafío con el mariscal Ney, que era poco sufrido, por una disputa sobre el mérito de los ejércitos ruso y francés, y se condujo mas bien como el representante de una nación enemiga que como el de una corte que quería ser, y que era en efecto, por lo menos en aquellos momen-

tos, una aliada íntima; Mr. de Talleyrand fué el encargado de contener, calmar y reprimir en caso de necesidad con su desdenosa sangre fría, el carácter displicente de Tolstoy.

Mejor pasaban las cosas en San Petersburgo entre Mr. de Caulaincourt y el emperador Alejandro; pero éste no disimuló mas que su embajador el disgusto que experimentaba. Caulaincourt era un hombre grave, que llevaba retratada en su semblante la rectitud de su alma, y que no tenía mas que una debilidad, que era la de no poder consolarle por el papel que habia desempeñado en el asunto del duque de Enghien, lo cual le hacia estremadamente sensible al aprecio que se le manifestaba, y suministró al emperador Alejandro un medio de dominarle. Caulaincourt encontró al emperador amable y espresivo como siempre, pero muy resentido por no ver realizadas inmediatamente las promesas que se le habian hecho. Napoleon habia dicho en Tilsit al emperador Alejandro, que si continuaba la guerra, y la Rusia tomaba parte en ella, podria encontrar hácia el Báltico un aumento de seguridad, y hácia el mar Negro un aumento de grandeza, y habia hablado eventualmente de la distribucion que deberia hacerse de las provincias del imperio turco, pero sin estipular no obstante, nada positivo. Mas si, por una parte, en la animacion de aquellas conferencias, habia tal vez dicho mas de lo que pensaba conceder, el emperador Alejandro habia oido mas de lo que se le habia indicado, y rodeado en San Petersburgo de una sociedad descontenta, habia tenido, para atraérsela, que hacer muchas revelaciones exageradas é indiscretas. Poco á poco fué difun-

diéndose en los salones de San Petersburgo la opinion de que la Rusia, aunque vencida en Friedland, habia recibido en Tilsit la donacion de la Finlandia, la Moldavia y la Valaquia. Los que manifestaban buenas disposiciones en favor del emperador Alejandro, ó que por lo menos no se habian propuesto vituperar la nueva marcha del gobierno, eran de dictámen de que aquellas concesiones escedian al precio de algunas campañas desgraciadas, y que si la Rusia era deudora de tan vastas conquistas á la amistad de la Francia, haria bien en cultivarla y conservarla. Por el contrario, los que abrigaban todavia en su pecho los resentimientos escitados por la última guerra, ó que se hallaban indignados de la inconstancia del emperador, como Czartoryski, Nowosiltzoff, Stroganoff y Kotschoubey, representantes de la política abandonada, decian que la conquista de la Finlandia, á que se impelia á la Rusia, no tenia valor alguno, que era un pais de lagos, despoblado y pantanoso; que ademas era una conquista inhumana, pues se quitaba parte de su territorio á un pariente y aliado como lo era el rey de Suecia; que seria la única que Napoleon dejaria hacer al emperador Alejandro; que jamás le entregaria la Moldavia y la Valaquia, como no tardarian en convencerse de ello, y que la alianza francesa era una defeccion, una inconsecuencia y un engaño.

Estas espresiones, que el emperador oia repetir á cada paso, le picaban vivamente, y viendo por las relaciones de Tolstoy que podrian realizarse algun dia, manifestó mucha incomodidad á monsieur de Caulaincourt. Le recibió con grandes miramientos, le dió muestras de estimacion de que veia que

aquel embajador estaba codicioso, y pasando luego á tratar de lo que concernia á los intereses rusos, le espuso sus sentidas y amargas quejas. Jamás habia entendido, decia, que la suerte de la Silesia estuviese enlazada con la de la Moldavia y la Valaquia. Habia estipulado y obtenido de la amistad del emperador Napoleon la restitucion de una parte de los Estados prusianos, restitucion necesaria é indispensable para el honor de la Rusia. Se hubiera contentado con aquella restitucion, y retirádose al centro de su imperio, satisfecho de haber ahorrado á sus desgraciados aliados algunas de las consecuencias de la guerra, si el emperador Napoleon, deseoso de hacerle adoptar su sistema, no le hubiese hecho entrever engrandecimientos, bien al Norte, bien al Mediodía del imperio, y no hubiese sido el primero en hablarle de la Moldavia y de la Valaquia. Impulsado á seguir aquel camino, habia hecho cuanto Napoleon apetecia; habia declarado la guerra á la Inglaterra contra los intereses del comercio ruso; se habia decidido á emprenderla con la Suecia á pesar del parentesco; y cuando él y todo el mundo en el imperio, esperaba recibir el premio de tan sincera adhesion á una politica estrangera, llegaba de repente de Paris la noticia de que era preciso renunciar á las esperanzas mas legítimas. El czar no podia volver en sí de su sorpresa, ni consolarse de su pesar. Querer enlazar la suerte de la Silesia á la de la Moldavia y la Valaquia, retener la una á los prusianos para dar las otras dos á los rusos, era constituirle por honor en el deber de renunciarlo todo. No podia pagar con los despojos de un amigo desgraciado al que se le acusaba de ha-

ber abandonado, demasiado las adquisiciones que se le permitian hacer en el Danubio.—*Esos desgraciados prusianos*, dijo Alejandro á Mr. de Caulaincourt, *no tienen que comer*. Libradme de sus importunidades, y nada perturbará ya mis relaciones con la Francia. Ademas, ¿qué haria Napoleon con la Silesia? ¿La guardaria para sí? Entonces llegaría á ser mi vecino, y los vecinos, segun él mismo me ha declarado, no son siempre buenos amigos. ¿De qué le serviría una provincia tan distante de su imperio? Que tome en derredor suyo, y cerca de él, cuanto quisiere, lo encuentro natural y bien entendido. Ha tomado la Etruria; se dice que va á tomar los Estados romanos, y medita yo no sé qué con respecto á España; sea en buen hora. Que haga en el Mediodía lo que le convenga, pero que nos deje hacer en el Norte lo que nos parezca mas útil, y que no se acerque tanto á nuestras fronteras. ¿Si no quiere la Silesia para sí, la podría dar á quien quisiese? Seguramente que no, y si la devuelve á los prusianos, que es la mas sencilla de las soluciones, no me debe rehusar lo que me ha prometido. De este modo, no solo defraudaria mis esperanzas, sino las de la nacion rusa, que calcularia que la Finlandia no vale lo que va á costarla la guerra con la Inglaterra y la Suecia, y diria que habia sido el juguete del grande hombre, con quien me he abocado en Tilsit; que no puede encontrarse sin riesgo, ni en el campo de batalla, ni en una negociacion; y que sin continuar una guerra impolitica y peligrosa, hubiera valido mas separarse en paz, pero con la indiferencia y frialdad que justifican las distancias.

Tal habia sido, y era diariamente el lenguaje

que Alejandro usaba con Mr. de Caulaincourt. No añadía que si se le habían dejado esperar las provincias del Danubio, había sido sin prometérselas, y que si la nación rusa, engañada por narraciones de corte, había hecho de una simple esperanza, un empeño formal, la culpa la tenía él por su indiscreción y debilidad, pues que no había sabido dominar á los que le rodeaban sino prometiendo lo que no podía cumplir. Alejandro no añadía esto, pero era evidente que sino se acudía en su auxilio, concediéndole lo que imprudentemente había dejado esperar á la nación, se le ofendería cruelmente, y al ministro Romanzoff también, y que si el brusco cambio de política, efectuado en Tilsit, estaba aun demasiado reciente para arrojarse á emprender otro tan violento, no por eso sería menos profunda la herida, que estaría siempre abierta, y que bien pronto podrían seguirse nuevas guerras.

Mr. de Caulaincourt, aseguró con su impo-
nente honradez la buena fé de Napoleon, afirmó que todo se aclararía, achacó á mala inteligencia, y á la suspicaz susceptibilidad de Tolstoy, las desagradables noticias que habían llegado de Paris, y de este modo logró restituir algun tanto la calma al agitado espíritu de Alejandro. Este concluyó por atribuir al mismo Tolstoy, á su poca destreza y malas disposiciones, el giro poco favorable que iban tomando las amistosas relaciones de ambos países, y declaró á Mr. de Caulaincourt, que si Tolstoy se ocupaba, como en otro tiempo Markoff, en indisponer las dos córtes, haría un egemplar ruidoso con los que se dedicasen á contrariarle, en vez de servirle. El emperador Alejandro pareció

haber agradecido mucho los magníficos regalos de la porcelana de Sevres, enviada á San Petersburgo, la cesion de los cincuenta mil fusiles, y la admision de algunos jóvenes rusos en la marina francesa. Pero nada movía á aquel corazon poseido de una sola pasion, sino el objeto de ella misma. Las provincias del Danubio ó nada, he aquí lo que animaba su rostro, y regocijaba su alma llena de ambicion, y que anhelaba la nombradía.

Mr. de Caulaincourt, para saber si la nación participaba de los sentimientos de su soberano, envió á Moscou á uno de los empleados de la embajada, para que se informase de lo que allí se decía. Aquel empleado se introdujo en los círculos de la antigua aristocracia rusa, en donde el language era mas franco y verdadero que en San Petersburgo, y oyó repetir que el joven czar había pasado con demasiada precipitacion desde el odio á la amistad, adoptando en Tilsit la política de la Francia; que había comprometido con suma ligereza los intereses del comercio ruso, declarando la guerra á la Gran Bretaña, que la Finlandia era poca compensacion para tan grandes sacrificios; que para pagarlos convenientemente se necesitaba por lo menos la Moldavia y la Valaquia; pero que jamás se obtendrian de Napoleon aquellas hermosas provincias, y que su joven emperador no sacaría sino una inconsecuencia y un disgusto mas.

Mr. de Caulaincourt se apresuró á transmitir aquellas diversas noticias á Napoleon, y le manifestó, que sin duda alguna la corte de Rusia, aunque vivamente irritada, no haría la guerra, pero que no se podría ya contar con ella, sino se la

concedía lo que con razón ó infundadamente se había lisonjeado de obtener.

El general Savary que había regresado de San Petersburgo, corroboró las aserciones de Mr. de Caulaincourt, las apoyó con una multitud de pormenores que él mismo había recogido, y confirmó á Napoleon en la idea de que de él dependía granjearse la adhesión sincera del emperador Alejandro, y encadenarle á sus proyectos, cualesquiera que fuesen, mediante una concesión en Oriente. Decidido desde mediados de febrero á concluir con los Borbones de España, Napoleon ya no titubeó, y tomó el partido de pagar con las orillas del Danubio la nueva potencia que se creía próximo á adquirir en las márgenes del Ebro y del Tajo.

Este era el mejor partido que podía adoptar; porque aun cuando fuese muy repugnante el conducir á los rusos como de la mano á Constantinopla, ó por lo menos acercarlos á aquel objeto de su constante ambición, era no obstante necesario mostrarse consecuente, y sufrir la condición de lo que iba á emprender. Era indispensable conceder una ó dos provincias en las orillas del Danubio, para adquirir el derecho de destronar en España una de las dinastías mas antiguas de la Europa, y renovar al otro lado de los Pirineos la política de Luis XIV. Si se hubiese limitado á dar á los rusos la Moldavia y la Valaquia sin la Bulgaria, es decir, conducirlos hasta las orillas del Danubio, teniendo cuidado de detenerlos en ellas, y si al mismo tiempo se hubiese dejado á los austriacos la Bosnia, la Servia, y la Bulgaria, para oponerlos á los rusos, situándolos en el camino de Constantinopla, el mal hubiera sido mucho menor. La Al-

bania y la Morea podían ser para la Francia una buena compensación, y no se habría comprado á tan subido precio la concesión que era necesario hacer para asegurar la alianza rusa. El lenguaje cotidiano de el emperador Alejandro y de Romanzoff, no dejaba duda alguna de su conformidad con aquellas condiciones. No había, pues, alternativa, era imprescindible el pagar la alianza rusa, puesto que se había hecho una necesidad, pero no llevar mas adelante la desmembración de la antigua Europa, y no contribuir mas al poderío del joven coloso que había salido de entre los hielos del Polo, y que de un siglo á aquella parte se iba engrandeciendo de una manera alarmante.

Sin embargo, Napoleon, bien por que quisiese ocupar la imaginación de Alejandro, ó porque reducido á la triste necesidad de hacer un sacrificio procurase envolverle en una complicación inmensa, ó finalmente porque pensase sacar de las circunstancias, además de la caída de la dinastía de los Borbones, la completa adquisición de las costas del Mediterráneo, no creyó deber limitarse á la simple cesión de la Moldavia y la Valaquia que todo lo hubiera arreglado, y consintió en que se ventilase la inmensa cuestión de la completa partición del imperio otomano. Los turcos, escitados entonces en secreto por el Austria y públicamente por la Inglaterra, que les decían que la Francia iba á sacrificarlos á la ambición rusa, se conducían del modo mas odioso con los franceses, derribaban la cabeza de sus partidarios, y no atrevíanse á hacer otro tanto con ellos se portaban como bárbaros furiosos sedientos de sangre y de rapina. Exasperado Napoleon contra ellos, se decidió

por fin á escribir al emperador Alejandro una carta en que le anunciaba su intencion de ocuparse en la cuestion de Oriente, tratarla bajo todos sus aspectos, y resolverla definitivamente; le manifestaba tambien su deseo de admitir al Austria en la particion, y establecia como condicion esencial de ella, bien fuese parcial ó total, y mas ó menos ventajosa para unos ó para otros, una espedicion gigantesca á la India, atravesando el continente de Asia, ejecutada por un ejército francés, austriaco y ruso. Mr. de Caulaincourt, puso en manos del emperador Alejandro la carta de Napoleon. El czar estaba advertido ya por un pliego de Tolstoy, de la mudanza favorable que se habia efectuado en París, y recibió al embajador de Francia con las mayores muestras de alegría y satisfaccion, é inmediatamente y á su presencia se puso á leer la carta. Durante la lectura, era tan fuerte la emocion que experimentaba que no podia contenerse, y á cada instante esclamaba:—¡Es un grande hombre...! ¡Es un grande hombre...! ¡Ya ha vuelto á las ideas de Tilsit!... Decidle, repetia con frecuencia á Mr. de Caulaincourt, que mi adhesion hácia él durará tanto como mi vida; que mi imperio y mis ejércitos todo se halla á su disposicion. Cuando yo le pido que conceda alguna cosa que satisfaga el orgullo de la nacion rusa, no me guía la ambicion, lo hago para darle esta nacion entera, tan decidida por sus grandes proyectos como lo estoy yo mismo. Vuestro amo, añadia, quiere interesar al Austria en la desmembracion del imperio turco, y tiene mucha razon. Es una idea feliz, y me asocio con gusto á ella. Quiere una espedicion á la India y tambien lo consiento; ya le

he dado á conocer las dificultades en nuestras largas conferencias de Tilsit. Esta habituado á despreciar los obstáculos y no tenerlos en cuenta: sin embargo, el clima y las distancias los ofrecen en esta empresa tan grandes, que esceden á lo que puede imaginar. Pero que se tranquilice, que mis preparativos corresponderán á las dificultades. Ahora es preciso que nos pongamos de acuerdo sobre la distribucion de los territorios que vamos á arrancar á la barbaire turca. Tratad este asunto á fondo y detenidamente con Romanzoff. Sin embargo, no debo ocultaros, que todo esto no podrá resolverse útil y definitivamente sino en una entrevista de nosotros dos. Es preciso comenzar examinando el asunto bajo todas sus formas. Cuando nuestras ideas vayan adquiriendo alguna madurez, dejaré á San Petersburgo é iré á donde guste vuestro emperador. Bien desearia llegar hasta París, pero no me es posible: ademas necesitamos un punto de reunion para negocios, y no para esplendor y placer. Pudiéramos elegir á Weimar en donde estaríamos en el seno de mi misma familia. Con todo, aun alli nos importunarian muchos cuidados: en Erfurt estaríamos mas libres y aislados. Proponed este sitio á vuestro soberano, y en cuanto llegue su respuesta emprenderé mi marcha con toda celeridad.—Diciendo esto, y otras muchas cosas inútiles de referir, el emperador poseido de una alegría que no era dueño de contener, reconoció que Mr. de Caulaincourt tenia razon cuando algun tiempo antes procuraba asegurarle acerca de las intenciones de Napoleon, é imputaba á mala inteligencia aquel desacuerdo momentáneo. Repitió que Mr. de Tolstoy era la causa de semejan-

te ocurrencia, que aquel embajador era torpe, arrebatado, y aun tal vez poco afecto á la nueva política del gabinete ruso; que queria relevarle y enviar otro que fuese completamente del agrado de Napolcon, pero que no sabia en donde encontrarle; que por todas partes no veia mas que hombres obstinados, pero que sin embargo, los someteria aunque tuviese que desplegar la mayor severidad para hacerlos marchar por el gran sistema de Tilsit.

Mr. de Caulaincourt no encontró al anciano Romanzoff ni menos vivo, ni menos espresivo y contento que el emperador.—Ya hemos vuelto por fin á las grandes ideas de Tilsit, repitió á Mr. de Caulaincourt. Las comprendemos y las adoptamos; son dignas del grande hombre que honra á su siglo y á la humanidad.—Despues de increíbles testimonios de satisfaccion y de adhesion á la Francia, Romanzoff manifestó, por fin, deseos de entrar en la difícil cuestion de la division. Entonces principiaron los embarazos, y aun preciso es decirlo, la confusion. Poner osadamente la mano sobre las vastas regiones que tanta importancia tienen en el equilibrio del mundo, y que no solo pertenecen á sus estúpidos poseedores, que las tienen sumidas en la barbárie y la esterilidad, sino mucho mas á la misma Europa tan poderosamente interesada en su independencia; poner la mano sobre aquellas regiones, y aun el pensarlo, embarazaba al ministro ruso, que las devoraba con el deseo, y al ministro francés que las entregaba por necesidad al monstruo de la ambicion moscovita. Aunque uno y otro se hallaban provistos de las correspondientes instrucciones, y sabian muy bien

lo que habian de pensar y decir sobre el asunto que los reunia, nadie queria, sin embargo, ser el primero en el uso de la palabra. El que tenia mas deseos debia romper el silencio, y lo hizo en efecto. En aquella conferencia y en otras muchas habló con entera libertad y con una audacia y ambicion inauditas.

Dos eran los planes que se presentaban: primero una division parcial, que dejaria á los turcos la parte de su territorio europeo que se extendia desde los Balkanes al Bósforo, y por consiguiente los dos estrechos, la ciudad de Constantinopla y todas sus provincias de Asia; y segundo una particion completa que no dejase á los turcos ningun territorio en Europa, y les quitase en Asia todas las provincias que baña el Mediterráneo.

El primer plan era en el que parecia se habian ocupado los dos emperadores en Tilsit, y presentaba pocas dificultades. La Francia debia recibir las provincias marítimas, la Albania que sigue á la Dalmacia, la Morea y Candia. La Rusia debia adquirir la Moldavia y la Valaquia que forman la orilla izquierda del Danubio, la Bulgaria que forma la derecha, y detenerse de este modo en los Balkanes. El Austria, para consolarse del establecimiento de los rusos en las bocas del Danubio, debia obtener en propiedad la Bosnia, y la Servia en heredadamiento ó patrimonio, en cabeza de un archiduque. En este sistema los turcos conservaban la parte esencial de sus provincias de Europa, que la geografia y la naturaleza de las poblaciones les han asegurado hasta ahora, es decir, el Sud de los Balkanes, los dos estrechos, Constantinopla y todo el imperio de Asia. No se les quitaba mas

que las provincias que ya no podían gobernar, la Moldavia y la Valaquia, á las que habia sido necesario conceder una especie de independencia; la Servia que procuraba entonces sacudir el yugo por medio de las armas; el Epiro que pertenecía á Ali, baja de Janina, mas bien que á la Puerta; y en, fin la Grecia, que ya se manifestaba dispuesta á despreciar el alfange de sus antiguos conquistadores y recobrar su libertad. La distribucion de estas provincias estaba en un todo arreglada á su posicion geográfica. Es verdad que la Francia ganaba un excelente territorio marítimo; mas sin embargo, ademas del inconveniente de aproximar ella misma los rusos á Constantinopla, habia otro no menos grave, que era el de dar á la Rusia y al Austria provincias que debia retener por su misma contiguidad, y tomar para si otras que no podría dominar sino en la hipótesis de una grandeza imposible de sostener largo tiempo. Aunque hubiese guardado la parte mas esencial de aquella grandeza, el Rhin, los Alpes, y aun el lado opuesto de estos, es decir, el Piamonte, la Grecia estaba demasiado distante para que pudiéramos conservarla. Todo esto no era, pues, en realidad mas que una triste concesion por la parte del Oriente, para conseguir en el Occidente el triunfo de miras grandes sin duda, pero inoportunas, escesivas, y que debian añadir nuevas cargas á las que ya abrumaban al imperio.

El segundo plan era una especie de trastorno del mundo civilizado. El imperio turco debia desaparecer completamente de Europa ó de Asia. Con arreglo á él, los rusos pasarían los Balkanes y ocuparían su vertiente meridional, es decir la an-

tigua Tracia hasta los estrechos; obtendrían á Constantinopla, objeto de sus mas ardientes deseos, y una parte de la costa del Asia, para asegurar en sus manos la posesion de aquellos estrechos. El Austria, tambien mejor dotada y empleada en separar á la Rusia de la Francia, obtenia ademas de la propiedad de la Bosnia y de la Servia, la misma Macedonia hasta el mar, escepto Salónica. La Francia, conservandolo que antiguamente la habia ya tocado, la Albania, la Tesalia hasta Salónica, la Morea y Candia, poseeria ademas todas las islas del Archipiélago, Chipre, la Siria y el Egipto. Arrojos los turcos á lo interior del Asia Menor, y á las orillas del Eufrates, quedarían en libertad de continuar allí el culto del Coran, que les hacia perder su imperio de Europa, y las tres cuartas partes del de Asia.

En esta quimérica distribucion del mundo, destinada quizá á ser algun dia una realidad, menos lo que entonces se reservaba á la Francia, habia un punto sobre que no era posible ponerse de acuerdo, y sobre el cual se disputaba con tanto acaloramiento como si aquellos proyectos fuesen á ejecutarse inmediatamente. Constantinopla era muy interesante para el orgullo y ambicion de los rusos, y las naciones son tan vehementes en sus pasiones las unas como las otras. Los rusos querían la ciudad de Constantinopla como simbolo del imperio de Oriente: querían ademas el Bósforo y los Dardanelos como llaves de los mares. Mr. de Caulaincourt, participaba de los sentimientos de Napoleon que se exasperaba y estremecía cuando se le pedia que cediese Constantinopla á los dominadores del Norte, se oponia á ello terminan-

temente, y proponia hacer de Constantinopla y de los dos estrechos, una especie de estado neutral, una ciudad anseática como Hamburgo ó Brema. Cuando el ministro ruso insistia en pedir á Constantinopla, Mr. Caulaincourt cedía, prévia la voluntad de su amo, pero exigia los Dardanelos para la Francia á título de camino para ir á Siria y Egipto, lo cual hubiera hecho recorrer á los batallones franceses el itinerario de los antiguos cruzados. Poseyendo los rusos á Santa Sofia, no querian abandonar á los franceses el estrecho de los Dardanelos, que les incomodaba mucho ver en poder de los turcos, aun cuando fuesen muy débiles. A semejante precio rehusaban hasta á Constantinopla y decian, y era verdad, que preferian la primera division parcial, que dejaba á los turcos el Sud de los Balkanes y Constantinopla. Satisfechos en este último caso de poseer las vastas llanuras del Danubio hasta los Balkanes, consentian en aplazar el resto de su conquista, y preferian ver las llaves del mar Negro en manos de los turcos que ponerlas en las de los franceses.

Complacianse en discutir sobre este grave asunto, no podian entenderse, y la interminable cuestion que se suscitaba, atrevida y loca anticipacion de los siglos, revelaba el verdadero interés de la Europa contra la Rusia, en el negocio de Constantinopla. El imperio francés, que en aquellos momentos habia llegado á ser tan grande como la misma Europa, tenia un interés, por decirlo asi, general, y no queria entregar el estrecho, desde donde los rusos amenazarán un dia la independencia del continente europeo. Era bastante entregarles la Finlandia y facilitarles el medio de dar un

paso hacia el Sund, otro estrecho desde el que no se presentarán menos amenazadores en el porvenir. Efectivamente, cuando el coloso ruso ponga un pie en los Dardanelos y otro en el Sund, el antiguo mundo será esclavo, y la libertad huirá á América: estos tristes vaticinios que ahora son una quimera para los talentos limitados se realizarán cruelmente algun dia, porque la Europa dividida desgraciadamente como las ciudades de la Grecia á presencia de los reyes de Macedonia, sufrirá probablemente la misma suerte.

Despues de discutir largo tiempo, el ministro ruso y el embajador francés, no habian hecho mas que madurar sus ideas como ellos decian. Solo la entrevista de los dos soberanos podia poner término á tan gigantescas discusiones. Se convino, pues, en que se remitiria á Napoleon una exposicion de ambos planes, suplicándole manifestase su opinion, y celebrase una conferencia con el emperador Alejandro para conciliar los intereses reciprocos y vencer todas las dificultades. Para esta entrevista debia elegirse un punto inmediato á Francia, como por ejemplo Erfurt. Empero aun el escribir estas cosas, era muy costoso á los que se habian atrevido á decirlas. Mr. de Caulaincourt, advertido por su buen juicio de lo que tenian de quimérico y peligroso, prefirió el dejar á Romanzoff el cuidado de consignarlas por escrito. Este aceptó el encargo, y presentó una nota escrita toda de su mano, que Mr. de Caulaincourt debia dirigir inmediatamente á Napoleon. Sin embargo, si se atrevió á escribirla, no tuvo valor para firmarla. Se la entregó sin firmar, y para que recibiese plena autenticidad, el emperador Alejandro declaró